

LA FIESTA DE SAN ISIDRO EN TAHULL

CARMEN NONELL



Danza de San Isidro.

Decir que San Isidro celebra su fiesta en Tahull con el mismo o quizás mayor entusiasmo que en Madrid, puede parecer exageración y sin embargo, nada es más cierto.

San Isidro es, en verdad, el mejor embajador que tiene Madrid en el mundo. Su imagen, titular de alguna correspondiente Cofradía, se encuentra, no sólo en toda España, sino también en muchos países de Europa, sobre todo en Alemania y Austria. En Baviera y en su capital, Munich, es rara la iglesia en la que no figura un altar dedicado al humilde santo madrileño. Pero, sin cruzar fronteras, en Cataluña su popularidad es tan grande, si no mayor que en Castilla. Y su patronímico mucho más frecuente, especialmente en las comarcas agrícolas.

Pero donde supera a todo lo conocido es en Tahull, ese inefable Tahull del Pirineo de Lérida, con sus dos iglesias, reinas del románico pirenaico catalán, mundialmente conocidas por sus torres y sus maravillosas pinturas del siglo XII: San Clemente y Santa María.

La fiesta se celebra el 22 de julio, en fecha distinta a la que señala el calendario litúrgico, ya que es preciso acoplar la fiesta de la cosecha con el homenaje a su santo Patrono.

El preámbulo tiene características drúidicas que nos recuerda las fiestas de la cosecha en la Selva Negra y en Westfalia.

La noche anterior, es decir, la del 21 al 22, los mozos de Tahull suben a los bosques piranáicos donde, desde días antes, cada uno cortó y preparó su "falla", un tronco que, encendido en su extremo, cargará sobre sus hombros para bajar al pueblo así, en fantástica y ardiente competición bajo el viento que aviva las llamas.

Corriendo siempre, los participantes llegan al pueblo al que dan la vuelta completa para llegar a la plaza donde una gran muchedumbre los espera y en la que sólo se detendrán un instante, el preciso para, sin soltar su mástil llameante, recibir de manos de las muchachas el ritual obsequio que es como un símbolo: una copa de vino, un dulce y una flor, y seguir a continuación corriendo hasta que el tronco no es más que una astilla insostenible y peligrosa.

A la mañana siguiente será San Isidro el protagonista absoluto de la fiesta.

En la iglesia de San Clemente, en las afueras del pueblo, como una joya solitaria y única, tiene lugar la misa cantada a dos voces por la gente joven del pueblo, con ese sentido coral de Cataluña y cuyo canto litúrgico acompaña un acordeón o un armonio.

Bajo las piedras coñ ocho siglos de eco la sencilla ceremonia posee una emoción difícilmente superable. San Isidro preside el altar mayor bajo la protección del Pantokrátor más famoso del arte románico, bien que no sea más que una copia del auténtico que guarda el Museo de Arte de Cataluña, de Barcelona.



El ángel sobre la "piña".

Finalizada la misa, se organiza la procesión. Por los verdes prados floridos de rosales silvestres que señalan los caminos al socaire de las nieves extáticas, va San Isidro, una bella talla del siglo XVII en sus andas cuajadas de espigas, anunciado por el estandarte de la Cofradía y abriendo paso a la Virgen sedente con el Niño, talla del siglo XII y seguidos de todo el pueblo y de muchos que llegaron de lejos para sumarse a ella.

El pueblo de Tahull se alza más lejos, sobre un cerro y allí, en la plaza irregular y rústica, como todo el pueblo por fortuna tremendamente primitivo, ante la iglesia de Santa María, hermana menor de la de San Clemente, termina la procesión que va a dar paso a la fiesta; el "baile de San Isidro", con toda su ingenuidad y su simbolismo, como un auto del Medioevo sobre pilares de profunda raíz pagana e ibérica.

Es la escenificación de la leyenda que rodea a San Isidro en ese rincón del Pirineo. Y esta leyenda dice que hubo en el valle de Bohí un año de gran sequía y miseria. Un año en el que los pobres campesinos, hambrientos, pusieron su última esperanza en el santo madrileño patrón de las cosechas.

Lo más extraño y difícilmente explicable, pero también lo más bello de la leyenda, es que al parecer el santo vivía todavía en Madrid cuando esto ocurría. Tal vez, —la tradición oral no lo aclara— "vivía" su cuerpo muerto y ya glorioso. Pero es el caso que, compadecido y tocado por la fe de los desgraciados tahullenses, se puso en camino desde la Villa y Corte hacia la aldea remota del Pirineo para ver de llevarles remedio.

Traía para el viaje, además del bastón de peregrino, una reja de arado en miniatura, que es su credencial ante los hombres que lo veneran; una bota de vino y una "coca", torta de pan de pueblo que tal amasara para el viaje las manos previsoras de María de la Cabeza.

Pero cuando al final de su largo viaje, alcanzó el pueblo, los hombres estaban ya demasiado hambrientos y

desesperanzados para reconocerle. Sólo vieron a un peregrino que traía colgado en el zurrón un pan y un vino de los que ellos desde hacía muchos meses carecían. Y se abalanzaron sobre él para quitárselo. El santo, quien sabe si perdió la paciencia hasta olvidar por un momento que lo era, y se defendió a garrotazos; insistieron los mozos, los persiguió Isidro bordón en alto... Y esta escena inspiró la curiosa danza pantomima en la que un hombre vestido de San Isidro peregrino es acosado por los mozos que, al son de una música arcaica y sencilla transmitida de generación en generación, forman una cadena que se cruza y entrecruza, rodeando al santo que se defiende y los acomete con los molinetes de su bastón, saltando, escapando y tornando al acoso en una serie de saltos y fintas mientras los hombres trenzan, en fila, una danza de reminiscencias ibéricas, formando al final la "pila", suerte de torre humana que recuerda las de los "castellers" del campo de Tarragona.

De nuevo el simbolismo aparece en la figura del diablo que atentó al pueblo olvidadizo y que corona el apretado haz de danzantes y, boca abajo, ejecuta con las piernas una formidable exhibición coreográfica hasta que se abre la "pila" y es tragado por el infierno, apareciendo en su lugar un ángel que acoge al santo peregrino y trae al fin la paz al pueblo que descubre su error y celebra su llegada reanudándose la danza en cadena esta vez encabezada por Isidro.

Aún no termina aquí su papel aunque pensamos que esta segunda parte es un añadido muy posterior.

Mientras unos muchachos pasan numerosos cestillos con ricas rosquillas con las que obsequian a todos los espectadores y otro, con una batea que en su centro lleva pinchada una pera fresca recoge el óbolo del pueblo y los visitantes, se organiza el "ball pla" típico de la provincia de Lérida y cuyo origen es sólo del siglo XVII.



Procesión de San Isidro.

Es San Isidro quien debe abrir el baile. Enseguida, tras el santo y su pareja, todo el pueblo, jóvenes, mayores y viejos, se suman al baile que tiene mucho de minué y un poco de lanceros y con el que termina esta bellísima y curiosa fiesta de San Isidro Labrador y peregrino en el Pirineo de Lérida.